

EL Antejardín

Ima Sumaq



Capítulo 1

EL Antejardín

Nacida y criada en un barrio pobre de Santiago, la casa de mi abuela era una casa esquina de cimientos firmes, su fachada era de color cemento, solo estaba estucada, sin pintar por lo cual daba un aspecto frío y un poco lúgubre, la casa colindaba con un canal, el cual podía ver a través del jardín de la casa de mi vecino.

Mi casa por dentro era un mundo muy diferente, era una casa humilde, con muchas piezas y un solo baño que se encontraba al final del patio. Allí vivíamos tres familias, mis abuelos paternos, mi tío Mario, su esposa mi tía Nena y mi primo Henry y la tercera familia éramos nosotros compuesta por mis padres, mi hermana Roxana y yo. Mi padre dentro de sus limitaciones económicas trato de convertir nuestra infancia en un paraíso, nos construyó una gran piscina la cual demoraba en llenarse toda la noche, allí pasábamos todo el verano, nos levantábamos con traje de baño y vivíamos a pata pelada todo el día. Toda la familia llegaba a bañarse los fines de semana, eran almuerzos familiares, jugábamos todo el día, corríamos hasta la calle huyendo de los baldes de agua que nos tiraban los tíos. A mi memoria llegan los olores al pastel de choclo, humitas, pan amasado, risas, gritos, el sonido del agua chapoteando, el patio era cubierto por un parrón y terminaba con la gruta de la virgen de Lourdes también construida por mi padre el día que se casó.

Papá no nos dejaba tener amigos, ni salir a la calle decía que el barrio no era bueno para nosotras, por lo cual mi infancia paso dentro de casa, vivía en una burbuja y solo podía ver la realidad desde el antejardín, mi antejardín era la calle Bermann la cual era muy diferente a mi pequeño mundo, estaba rodeada de tomas, casas de madera, de material ligero y pasajes sin pavimentar, ahí vivían todo tipo de personas algunas buenas, trabajadoras, de esfuerzo pero otras de muy malas costumbres, con vicios, alcohólicos y delincuentes, que huían por los techos de las casas cuando llegaban los carabineros escondiéndose en el canal. Los que eran pillados se auto herían, se daban puñaladas en lugares estratégicos solo para herirse, no para morir y así ser llevados al hospital ya que les sería más fácil huir de la policía con el fin de evitar caer en la cárcel.

Recuerdo cuando invitamos a Maritza era una niña flacuchenta, rubia y muy pálida, vivía en el taller mecánico de la esquina del barrio. Todo estaba bien hasta que se le ocurrió enseñarnos una canción ipor supuesto cambio la letra!, por lo cual nosotras inocentemente repetíamos sin saber ni siquiera lo que significaba, parte de la letra era chupa la callampa ohohohoh, en fin después de eso nunca más nos dejaron juntar con ella y

aún recuerdo el castigo injusto que nos dieron.

En mi niñez los días pasaban lentos, quizás porque no habría internet o quizás porque los disfrutaba al máximo. En las tardes cuando ya refrescaba todo el mundo salía a la calle, sacaba sus bancas y se sentaban fuera de la casa a conversar y a hablar de la vida de los demás, mientras nosotras teníamos la oportunidad de andar en bicicleta o jugar con mi hermana y mis primos a las pillas, escondidas, a las naciones, a saltar la cuerda, a la pelota etc, etc,. Y así pasó mi infancia hasta que un día me convertí en una adolescente y salí al antejardín de la calle Bermann N° 519 y me pregunte ¿si esto era todo mi mundo?,_ ¿Esto no puede ser?, yo quiero conocer, yo quiero respirar otros aires, ver otros colores, otras personas, otros barrios. Mi antejardín ha de ser más grande que todo esto y así fue que al poco tiempo nos fuimos al norte de Chile a un antejardín muy diferente al de mi infancia.